

## **El Pez Vela**

Pedro Iván Pérez Méndez

Por fin llegó el día de nuestras ansiadas vacaciones en Mazatlán. Nos reunimos en la Perla del Pacífico con mi amigo Ramón, originario de Sonora y condiscípulo mío en la universidad, y con su esposa Cecilia y sus hijos, más o menos de la misma edad que los míos. La ciudad nos recibió con el típico calor agobiante del verano sinaloense. Nos hospedamos en dos apartamentos adyacentes de un edificio de condominios de cinco pisos frente a la playa. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos y los dos primeros días los pasamos descansando y recordando nuestros buenos días de estudiantes universitarios. Ramón, a sus 35 años de edad, es un tipo fornido, de piel colorada, cabello corto, rizado y prematuramente blanco, de carácter fuerte y dotado de un muy buen sentido del humor.

Ninguno de los dos teníamos experiencia en la pesca en alta mar y se nos ocurrió que podría ser una buena actividad para todos y algo que podríamos disfrutar las dos familias. La administradora del edificio nos recomendó una empresa especializada en la pesca deportiva y eso nos hizo sentir tranquilos pues evitaríamos el riesgo de contratar una compañía que no ofreciera buen servicio. Nos dirigimos al muelle de pescadores y platicamos con el encargado y con el capitán del barco que nos llevaría a pescar muy temprano al día siguiente. Quedamos de acuerdo en que ellos llevarían agua y hielo, y que nosotros llevaríamos nuestra propia nevera con cervezas.

El día siguiente nos levantamos a las cinco de la mañana y una hora más tarde ya estábamos en el muelle. La emoción de la aventura se palpaba entre nosotros y ansiosamente esperamos los 45 minutos que tomó terminar de preparar el barco para la excursión. Todavía no eran ni las siete de la mañana y ya el sol nos torturaba. Después de embadurnarnos con bloqueador, despegamos del muelle esperanzados de tener buena suerte ese día como pescadores novicios.

Tomó aproximadamente dos horas de navegación alejándonos de la costa para llegar al lugar deseado en donde abunda el marlín rayado y el pez vela. Ignorando el calor, era un día bello con un mar tranquilo y poco viento. Un día perfecto para navegar en barco. Nuestro capitán, atendiendo el timón, era un experimentado hombre de mar con estómago prominente, pelo negro parado, ceño fruncido, y manos duras y callosas que eran testigos de su ruda vida de pescador.

No mucho tiempo después de zarpar me percate que las instalaciones del barco eran bastante rudimentarias. No tenía toldo para protegernos de los rayos solares. Las bancas de madera a babor y estribor no estaban acojinadas y nos dolían las posaderas cuando el barco golpeaba las olas. Tampoco estaba equipado con la silla especial en donde se afianza el pescador con un cinturón de seguridad para poder sacar un pez grande sin que haya peligro de salir disparado del barco con todo y caña. En su lugar había una silla destartalada que parecía que se desmoronaría con algún movimiento brusco del barco.

Nuestros hijos empezaron a quejarse del calor y nos pidieron agua. Ramón y yo, al estilo Mazatlán tempranero, ya estábamos tomando cerveza. La justificación es que cuando hace mucho calor la cerveza se suda rápido. Le pedí agua al tripulante, un muchacho muy delgado como de 18 años que no te veía a los ojos, y me contestó: “Espere un minuto por favor, vamos a preparar las cañas”. El tripulante equipó los anzuelos con carnada viva y colocó las cañas en sus receptáculos tubulares en la popa a babor y estribor y dejó correr las líneas de cada lado unos 100 metros. Luego se sentó sin traernos el agua. Se la volvimos a pedir y esta vez nos contestó: “Esperen un minuto por favor, el capitán me pidió que arreglara algo bajo cubierta”. Volvieron a pasar los minutos y entonces ya con rudeza le exigimos que dejara lo que estaba haciendo y que inmediatamente nos trajera el agua. Se quiso hacer tonto otra vez y decidimos protestar vehementemente con el capitán, quien estaba al timón en la cubierta superior. Se juntaron el capitán y el tripulante a decirse algo en secreto y nos dijeron casi al unísono: “Es que se nos olvidó el agua”. ¡Estábamos a dos horas de la costa con un calor de los demonios y no teníamos agua! Mi amigo Ramón empezó a hablar como buen norteco adornando su invectiva con insultos

con matices genealógicos dirigidos al capitán y su familia quien los recibió estoico con la cabeza en bajo.

De suerte nuestra hielera con cerveza estaba limpia y bien aprovisionada de hielo y usamos lo que se había derretido para darle agua a los niños, aunque era obvio que ésta no era suficiente para el resto del día. El éxtasis con el cual iniciamos nuestra travesía se convirtió rápidamente en un sentimiento colectivo de incredulidad y consternación. Debatimos la idea de abortar la excursión y cuando casi lo hacíamos, se oyó el fuerte vibrar de una de las cañas indicándonos que un pez acababa de morder el anzuelo.

Hacia popa pudimos todos ver asombrados a un enorme pez vela que luchaba en contra de su destino inminente. Salía totalmente del agua retorciéndose y caía causando grandes chapuzones provocados por la tensión superficial. Todo esto con una elegancia y gallardía que nos dejaba boquiabiertos. Nunca habíamos presenciado algo semejante. Por el momento todos nos olvidamos de la escasez de agua potable mientras maravillados admirábamos al enorme animal.

El capitán disminuyó la velocidad del navío, ordenó al tripulante que tomará el timón, y me indicó que me sentara en la silla destartada. Sacó sin esfuerzo aparente la caña de su receptáculo, embobinó la línea con un par de vueltas del carrete cuando el pez vela amainaba temporalmente su pelea y después me entregó cautelosamente la caña. No sé como la pude sostener la primera vez que sentí el jaloneo poderoso del pez vela. Los primeros instantes requirieron de todas mis fuerzas y concentración simplemente para sostener la caña sin que sobrara energía para embobinar el carrete. Además, como la silla no contaba con cinturón de seguridad, sentía que en cualquier momento me iría al agua a hacerle compañía al pez vela.

Los peces vela tienen un cuerpo alargado con una aleta dorsal eréctil conocida como su vela que abarca casi toda su longitud. Llegan a medir hasta tres metros, pesar más de 90 kilos y nadar a más de 100 kilómetros por hora, lo cual los acredita como los indiscutibles campeones de velocidad del mundo acuático. Existen de variados colores,

incluyendo café, gris, morado brillante y plateado. Como muchos peces, pueden cambiar de color instantáneamente, sobre todo cuando están estresados.

Vimos con asombro cómo el color azul de nuestro pez se tornaba más oscuro al pelear por su vida. Yo estaba tenso y mi color también había cambiado, pero seguramente a causa del sol y del esfuerzo de sostener la caña. Debido a la ausencia del susodicho cinturón de seguridad, el capitán se arrodilló a mis espaldas y me sujetó con todo y silla como si estuviera administrándome una maniobra de Heimlich para que no me desprendiera de la misma. Normalmente también se utiliza un portacañas, un collar de cuero con un receptáculo en su parte inferior para el mango de la caña, el cual se coloca al nivel de la cintura para facilitar su manejo. Como no había portacañas, la única opción fue colocar el mango de la caña sobre la silla en medio de mis muslos justo en contacto con mis partes más valiosas, las cuales sufrieron un inmerecido castigo ese día. El capitán me decía “Jale la caña hacia usted hasta que esté vertical, luego inclínela rápido al mismo tiempo que embobine el carrete”. Debido al úrsido abrazo del capitán, yo sabía que no me iba a ir al agua, aunque temía que mi brazo izquierdo se desprendería de mi tronco. Ramón y yo nos turnamos varias veces jalando al pez y recibiendo el apretón del capitán. Poco a poco fuimos adquiriendo confianza y nos empezamos a sentir más a gusto con nuestro nuevo amigo el capitán, el cual ya nos había abrazado fuertemente a los dos por varios minutos.

Mientras tanto el resto del grupo nos alentaba con gritos de emoción al atestiguar nuestra valiente batalla con el pez. “¡Vamos Papi, tú puedes!”. “¡Muy bien, síganle, ya mero, ya mero”. El pez vela seguía saltando del agua y zigzagueando sin cesar pero notábamos que poco a poco disminuía su vigor. Por mi parte yo ya estaba agotado y solo la adrenalina me mantenía energizado. Al estar el pez ya cerca del barco, el capitán me pidió la caña para hacerse cargo del paso más difícil que consiste en sacar al pez del agua y subirlo a la cubierta. Todos observamos cómo, ya estando el pez en la orilla del casco del barco, mientras el capitán lo mantenía firmemente cerca, el tripulante utilizó un arma parecida a un bate de metal como de medio metro de largo para golpear rudamente al pez en la cabeza, acto escalofriante que horrorizó a los niños y los hizo que buscaran nuestro

consuelo. Nuestro pez con más de 70 kilos podría vivir y seguir luchando por varios minutos fuera del agua y por eso había que matarlo antes de sacarlo del mar. De otra manera existía el riesgo de que nos pudiese lastimar con sus últimos espasmos de agonía.

Finalmente el pez se convirtió en pescado. Su color era ya muy oscuro, casi negro. Cuando dejó de moverse, me tendí en la cubierta a su lado y extendí mis brazos para calcular su longitud, la cual estimé como de dos y medio metros. Los niños observaron al pescado desde varios ángulos y después se atrevieron a tocarlo y a hacer observaciones acerca de sus dimensiones, del color de sus escamas, y de lo largo y picudo de su aguja. Entonces fue cuando se acordaron que todavía tenían mucha sed.

Eran apenas las 10 de la mañana pero en ese momento decidimos que lo mejor era suspender el resto de la excursión y regresar de inmediato al puerto. Durante el regreso, después de la alta emoción de la pesca, hubo una leve caída en nuestros ánimos y nos quedamos callados un largo rato viendo cómo se acercaba la costa arrullados por el monótono ruido del motor diesel del barco. Fue cuando mi hija Tita me dijo: “Papi, necesito ir al baño”. Hasta entonces nadie había usado el baño el cual estaba localizado bajo cubierta. Bajé las escaleras con ella y le apunté dónde estaba y regresé a mi lugar en la banca dura. Por cierto, el calor abajo era aún más agobiante. Unos instantes después regresó mi hija sudorosa y muy consternada diciéndome: “Papi no pude hacer del baño porque el escusado está lleno de camarones”. “¿Cómo que de camarones?”, le pregunté. “Sí Papi, de camarones”. Volví a bajar para ver de que se trataba. Levanté la tapa del escusado y me sorprendió descubrir que también fungía como la residencia veraniega de un verdadero enjambre de cucarachas enormes que mi hija confundió con los crustáceos. Me quedé sin palabras, les advertí a todos del hallazgo, y consolé a mi hija lo más que pude comunicándole que ya no faltaba mucho para llegar al muelle.

Al abocar el puerto al mediodía nos reanimamos. Lo primero que hicimos todos al desembarcar fue ir al baño y tomar agua. Un gran alivio físico tanto de salida como de entrada para todos. Después le solicitamos al encargado hacer el ritual de rigor que consiste en colgar al pescado por su cola en una soga suspendida entre dos postes para

tomarnos una foto con nuestro trofeo, lo cual hicimos con orgullo. Le pedimos también que filetearan al pescado, que nos dieran uno o dos kilos de carne y que dispusieran del resto como ellos quisieran. Nos contestó que como habíamos regresado muy temprano, el especialista que prepara los pescados aún no había llegado; que por favor regresáramos a las tres de la tarde por nuestra carne de pescado.

No teníamos nada planeado pero ya sentíamos hambre y decidimos ir a Carlos & Charlies, uno de esos lugares en los cuales hay un verdadero relajó con los turistas extranjeros en las tardes y noches, en donde a todo el mundo se le pasan las copas, se baila hasta en las mesas, y en dónde muy rápido se vuelve uno amigo temporal de mucha gente desconocida. A esa hora el lugar no estaba lleno, aunque había buen ambiente y música a muy alto volumen. Además había platillos de camarones muy buenos, pero no en los escusados.

Comimos abundantemente. Los niños bailaron en las mesas. Nuestras esposas se mantuvieron alertas mientras Ramón y yo tomamos cerveza y tequila hasta el punto de sentirnos bastante alegres. A pesar de nuestra agridulce experiencia en el barco, en estos momentos todos estábamos felices de la vida disfrutando del ambiente de un antro mazatleco matutino esperando que dieran las tres de la tarde para ir a recoger nuestro pescado.

A esa hora llegamos de nuevo al muelle listos para recoger la carne. Nos bajamos las dos familias del auto de Ramón en donde veníamos los ocho apretados como sardinas. Nos dimos cuenta que había mucho bullicio pues a esa hora regresaban todos los barcos del puerto con turistas encantados con sus trofeos. Los empleados en nuestro establecimiento ya no eran los mismos. No estaban ahí ni el capitán ni el tripulante de nuestro barco. El nuevo encargado era alguien que actuaba con la típica arrogancia del hijo de un dueño, un joven que parecía que estaba de mal humor, con el pelo envaselinado, pantalones de mezclilla y camisa blanca con los botones superiores sin abrochar, quien inmediatamente despertó en mi un sentimiento de repulsión.

- “Buenas tardes. ¿En dónde podemos recoger nuestra carne?”, le pregunté.

- “¿Cuál carne?”, me contestó.

- “La carne del pescado que sacamos esta mañana”.

- “¿Cuál pescado?”, masculló.

- “Oiga, no sé si está bromeando o se está haciendo tonto. Esta mañana pescamos un pez vela. Regresamos temprano porque a ustedes se les olvidó el agua para tomar. Nos dijeron que regresáramos a las tres por la carne”.

- “Pues no, yo no sé nada de esto, a ver déjeme ver. ¡Juanito!, ¿qué sabes de un pez vela y de una carne que iban a recoger?”. Juanito estaba ordenando unos papeles en un escritorio en la sala de espera del establecimiento, la cual estaba decorada con enormes peces vela y marlines disecados de diversos tamaños montados en las paredes. Juanito era delgado, de edad y estatura medianas y sus ojos delataban que todavía sufría una resaca causada por los excesos del día anterior.

- “Pues no sé jefe, no me acuerdo”.

- “¿Cómo que no te acuerdas?”, intervino Ramón un poco molesto. Es fácil saber cuando Ramón se molesta porque su tez se matiza de un arrebol encendido y sus cejas se convierten en dos gatos siameses a punto de pelearse. En los ojos de nuestros cuatro hijos se notaba que estaban confundidos y empezaban a preocuparse.

- “A ver, espere un momento”, exclamó Juanito. “¡Ramiro!, aquí hay unas personas preguntando por un pez vela que dicen que sacaron esta mañana”. Ramiro estaba barriendo la banqueta. Era fortachón y bigotón, no tenía zapatos, y vestía unos pantalones sucios que le quedaban cortos.

- “¿Qué no es el pescado que se llevó El Chaparro?”, contestó Ramiro. Entre el joven dueño, Juanito, Ramiro, y supongo que también El Chaparro quien no estaba ahí para contestar, nadie sabía del paradero de nuestro pescado.

Ramiro de repente tuvo una epifanía y nos dijo: “¡Ah sí! Ustedes vinieron esta mañana, ya me acordé. Pero sí, es cierto, El Chaparro se llevó el pescado”. Tita me preguntó casi llorando “¿Qué le pasó a nuestro pescado Papi, se lo robaron?”. No supe que contestarle.

- “¿Y quién es ese mentado Chaparro?”, le preguntó mi esposa a Juanito, ya también medio furiosa.

- “Pues es uno que tiene un pickup rojo”.

Ahora ya no solo un poco molesto, sino visiblemente enojado, enrojecido y casi gritando, Ramón le explicó al dueño que a nosotros nos habían prometido nuestro pescado y que nos lo iban a entregar. Que habíamos pagado bastante por la excursión que dejó mucho que desear debido a la incompetencia de todos en esa aparentemente fraudulenta empresa, incluyendo la del dueño. Todo esto salpicado de improperios punzantes. La respuesta del dueño fue tratar de hacerla larga y a darnos explicaciones cada vez más inverosímiles que alentaban más nuestro disgusto ante la injuria de sentir que nos habían robado nuestro querido pescado. Los ánimos seguían calentándose.

- “Bola de rateros. ¡No tienen vergüenza! ¡Qué mal ejemplo dan como mexicanos!” les dijo mi esposa a todos ellos. Salió del local a la calle y se puso a gritar en inglés a los turistas americanos que caminaban por enfrente del establecimiento rumbo a sus autos: “¡No vengán a este negocio, son unos ladrones!”. Los adultos estábamos contrariados y los niños asustados y llorando.

Seguí esforzándome para mantuviéramos la cordura y evitar que las cosas empeoraran tratando de calmar a todos diciéndoles que no valía la pena seguir discutiendo, que mejor ya nos fuéramos; que así pasan las cosas a veces y que ni modo, hay que aguantarse. Al



mismo tiempo se veía que el dueño sentía que estaba en un aprieto y no sabía que hacer para salir de él. Estaba visiblemente nervioso y lo único que pudo decir fue lo peor, “Es que aquí nosotros no le damos la carne de los pescados a los clientes, nos quedamos con ella”. Esta nueva información derramó el vaso.

- “¡Cecilia, tráeme la pistola del auto!”, ordenó Ramón. Yo ni sabía que tenía pistola y naturalmente me alarmé. También pensé que la pistola no lograría que mágicamente reapareciera nuestro pescado.

- “Cálmate Ramón, no es para tanto, mejor ya vámonos, no vale la pena”, le dije asíéndolo del brazo. Yo ya quería irme de ahí pronto.

- “Sí Cecilia, tráele la pistola”, exclamó mi esposa, empeorando la cosa.

- “Ándale Ramón, hazme caso y ya vámonos”, suplicó Cecilia.

El entorno se convirtió gradualmente en un hablar y gritar de todos al mismo tiempo, cada quien con sus propias sugerencias pacíficas o violentas para cómo resolver el problema. Mientras Ramón seguía exigiéndole a Cecilia que trajera su pistola; que esto no podía quedarse así; que eso no se le hacía la gente y menos a los turistas mexicanos; que no podíamos dejarnos abusar de esa manera. Para entonces ya era un caos y se había reunido en la sala de espera y en la acera una pequeña multitud de curiosos de diversas nacionalidades que observaban con interés y cautela el espectáculo. Hasta un par de perros callejeros se echaron atentos a vernos en el piso de la sala respirando con sus lenguas de fuera debido al calor. Era un relajó que en cualquier momento podría llegar a golpes.

- “Pues yo vine por mi pescado y de aquí me lo voy a llevar”, masculló Ramón. Y ante el asombro de todos, se trepó en el escritorio de Juanito, desprendió de la pared uno de los marlines disecados, se bajó con él, lo colocó bajo su brazo como lo hacen los franceses con los baguettes y exclamó victorioso: “Vámonos”.

Desgraciadamente la cosa no terminó ahí. Juanito gritó: “¡No, no se puede llevar ese pescado!”. “¡Cómo que no!”, respondió Ramón y se dirigió triunfante hacia la puerta de salida. Estando el resto de nosotros paralizados sin todavía poder reaccionar a la imagen de Ramón pretendiendo salir airoso con su trofeo, Juanito y Ramiro se abalanzaron sobre el pescado disecado y lo cogieron por la cola. Empezó un forcejeo entre Ramón por la cabeza y la aguja, y Juanito y Ramiro por la cola. Forcejearon con el pez como si estuvieran participando en una competencia de jalar la soga en la playa. Primero Ramón estiraba más que ellos y los arrastraba a los dos, luego ellos jalaban más fuerte haciendo que Ramón cediera su terreno. Esto pasó varias veces con todo mundo gritando y apoyando a su favorito hasta que el tieso pescado se golpeó contra el marco de la puerta haciendo que se rompiera su erguida aleta dorsal, la cual cayó al piso y se partió en pedazos. Instintiva y simultáneamente, los dos bandos de contendientes del concurso de quien jala más fuerte al pescado lo soltaron y al chocar con el piso se partió su aguja. El antes elegante pescado disecado estaba destruido. Surgió un silencio sepulcral. Nos volteamos a ver unos a los otros sin saber que hacer.

- “¡Quédense con su pinche pescado!”, dijo Ramón como despedida y nos fuimos.

El resto del día lo pasamos felices en la alberca, en dónde todos jugamos “¡Marco!, ¡Polo!” por un buen rato. Los adultos en el atardecer nos metimos al jacuzzi y vimos una hermosa puesta de sol en el Pacífico con nubes vespertinas adornadas con una gama de colores bermejos que solo Dios sabe pintar. La vida era feliz y nos sonreía. Solo tardó un minuto después de subirnos al auto al salir del muelle de pescadores para empezamos a reír incrédulos de lo que había sucedido. Revivimos esa tarde varias veces cada instante de nuestra aventura pero viéndolo todo como una experiencia que nos uniría por el resto de nuestras vidas. Habíamos venido a Mazatlán a divertirnos y no íbamos a permitir que la desaparición inexplicable de nuestro pescado nos amargara nuestras vacaciones y así fue.

Al llegar al condominio le habíamos relatado nuestra aventura a la administradora, la cual se vio profundamente apenada por nuestras molestias. Le dijimos que no se preocupara, que no era culpa de ella en lo más mínimo.

Los niños cansados de tanta acción y emociones se acostaron temprano. Los adultos nos quedamos en la mesa del comedor conversando. Como a las 10 de la noche, cuando estábamos tomando la penúltima copa antes de irnos a dormir, alguien tocó la puerta. Nos extrañó porque no esperábamos visita. Abrí la puerta y ahí estaba parado un hombre de baja estatura que me entregó un paquete y me dijo que era un kilo de carne ahumada de pez vela. No tuve tiempo de preguntarle quién era ni cómo se llamaba porque se fue muy rápido. Nunca supe si la carne era de nuestro pescado ni tampoco si quien hizo la entrega era el misterioso Chaparro del pickup rojo.

La carne estaba deliciosa.